

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *El libro y sus públicos (Ensayos sobre la Teoría de la lectura coetánea)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2007, 262 pp.

La publicación de esta monografía debe ser celebrada con enorme alegría entre aquellas personas interesadas en la crítica textual, la historia del libro (manuscrito e impreso) y de las bibliotecas, la narrativa caballeresca hispánica o, simplemente, entre quienes deseen leer una investigación atenta por rigurosa, amena por variada y magníficamente escrita en torno a una cuestión nada menor en los estudios literarios medievales: la transmisión de la cultura escrita. Por supuesto, esta constatación no sorprenderá a quienes seguimos con fundada expectación las investigaciones de su autor, profesor de filología románica en la Universidad Complutense, acostumbrados ya como estamos a disfrutar –por no decir admirar– sus habituales logros, tan espléndidos. No creo pecar de exagerado si afirmo que José Manuel Lucía Megías es uno de los mejores filólogos de su generación (que es la mía) y, además de investigador infatigable, uno de los más inquietos y perspicaces medievalistas a la hora de plantear o reformular nuevas y viejas cuestiones que a todos debieran hacernos reflexionar.

En este volumen, Lucía Megías reúne seis trabajos que ya habían visto la luz en diversas publicaciones y les otorga nuevo aliento, tanto por los vínculos que entre ellos establece como por la revisión que acomete de sus contenidos. Así, en sus “Palabras preliminares”, ya apunta el motor que ha favorecido el rumbo de esta empresa y cifra cuál va a ser su objetivo (un acercamiento “a los *contextos de producción literarios*, que permiten identificar los *discursos ideológicos* que están en la base del *proceso de construcción literaria*, y que irá configurando un determinado *espacio textual*, que será el que marcará las líneas básicas de la lectura coetánea”, p. 13), en defensa de un modelo científico de la filología, en tanto que disciplina universitaria, cuyo centro de gravedad pasa por la crítica textual.

Este punto de arranque y meta, de enorme envergadura como puede deducirse fácilmente, aparece sobre todo desarrollado en el capítulo 1, titulado “Entre la crítica del texto y la lectura coetánea: las dos caras de la cultura del manuscrito en la Edad Media” (pp. 15-41), que se inicia constatando las razones históricas que han propiciado la casi práctica ausencia de una escuela de crítica textual en España –aunque a mi juicio resulta especialmente destacada en el área de la literatura castellana–, a la manera de las plenamente consolidadas en otros países de nuestro entorno, como ejemplifica la poderosa tradición italiana. Esta ausencia, justamente deriva-

da de la influencia de tantos tradicionalismos impenitentes, sería la que justificaría un panorama actual en el que, para mayor pena que gloria, conviene emplazar ciertas tristes dinámicas, a juicio del autor bastante extendidas:

No entiendo, si he de ser franco, la actitud de aquellos que se empeñan en dedicar parte de su obra crítica a demostrar que no tiene validez la ecdótica ni la crítica textual, como si el silencio de sus argumentos teóricos fueran en sí una respuesta a las preguntas intelectuales y metodológicas a las que tenemos que enfrentarnos constantemente en nuestra disciplina. Me parece, en fin, un esfuerzo personal y científico baldío, que lleva, en el mejor de los casos, a callejones sin salida. Dinero, polémicas, control de medios de comunicación, afán de protagonismo y algo de infantilismo en las reacciones me temo que no se lleven bien con la verdadera ciencia filológica y humanística. (p. 18, nota 4)

Destaco estas líneas, sólo en apariencia marginales, porque me parecen una muestra excelente de la encomiable fuerza que, también, mueve esta monografía, tan erudita como honesta y contundente. La edición crítica sería, siguiendo la propuesta de Lucía Megias, “el único método que tiene la filología para comprender en todas sus facetas (desde la génesis a la transmisión) los textos” (p. 21), que debe atender las especificidades de la transmisión manuscrita y de la impresa, así como valorar, en la teoría y en la práctica, nociones a veces tan desdibujadas como “texto”, “testimonio”, “lectura”, “códice”, “libro” o “compilación”. Si toda edición crítica debe ser entendida como una hipótesis de trabajo, a la manera de G. Contini, el estudio de la “recepción coetánea” de las obras medievales atiende cuestiones diversas a las de la crítica textual, pero nunca opuestas ni antagónicas, pues ambas conformarían las dos caras de la cultura escrita a lo largo del Medioevo. Dicho con otras palabras: una historiografía de los discursos textuales (como, sin ir más lejos, la realizada por Fernando Gómez Redondo en su imponente *Historia de la prosa medieval castellana*) se vería enriquecida con los resultados de la “teoría de la lectura coetánea” que aquí se propone.

Esta teoría abordaría tres planos estrechamente interrelacionados: en primer lugar, la génesis misma del texto literario, donde se analizan las fuentes y el proceso de creación del “original”; en segundo lugar, los modos particulares de su transmisión, a partir de los vínculos que se establecen entre el texto y sus públicos o sus contextos de producción (valorando el formato del papel y el tipo de texto, la letra, los paratextos o los soportes iconográficos, entre otros factores); en tercer lugar, por último, debe abundar en el pro-

ceso que iría “del códice a la obra”, en el cual puede incidirse en el análisis de las bibliotecas particulares y los círculos de difusión, los “marginalia” de ejemplares concretos, las traducciones, las imitaciones o, incluso, las críticas que haya suscitado un texto, pues sin duda representan un eslabón en la cadena de su recepción, ya que de recepciones múltiples y singulares estamos tratando.

En pura lógica, a lo largo de los cinco capítulos restantes, Lucía Megías ofrecerá otras tantas aproximaciones que ilustran el empeño de su empresa (y que podría complementarse con otros trabajos suyos citados o ausentes en la bibliografía final, pp. 239-250). En el siguiente borda el análisis de las miniaturas del *Libro del caballero Zifar* del ms. Esp. 36 de la Bibliothèque Nationale de France a partir de tres niveles: la *jerarquía*, el *vínculo* y el *lenguaje iconográfico* (pp. 43-77). Resulta evidente que se trata de una aproximación que enriquece el estudio artístico y arqueológico más común, pues las doscientas cuarenta y dos imágenes que alberga este códice, uno de los más ricos de nuestra Edad Media, expone un programa que alumbraba, como muy pocos otros, según se aprecia a través de las abundantes ilustraciones, las posibilidades de una lectura coetánea de la obra en la corte castellana de Enrique IV, más de un siglo después de ser redactada. Su presencia confirmaría una transformación que “consume (en imágenes) la conversión del ambicioso regimiento de príncipes con que se creó a principios del siglo XIV en un modelo narrativo muy cercano al de los relatos caballerescos, tan en boga en la época” (p. 75), que, por lo demás, se verá confirmada, décadas más tarde y en un nuevo contexto, con la impresión sevillana de Jacobo Cromberger de 1512.

El capítulo 3 está dedicado al estudio del *vínculo* y del *lenguaje iconográfico* de las veintiséis miniaturas del *Tristán de Leonís* castellano (ms. 22.544 de la Biblioteca Nacional de Madrid), tan diferentes a las del códice coetáneo del *Zifar* custodiado en París, tanto por su factura como por su estado de conservación fragmentario, circunstancia textualmente común a tantas otras obras de la “materia de Bretaña” hispánica (pp. 79-114). Estas ilustraciones, no tan elaboradas como las anteriores, estarían revelando un modelo peculiar de preparación de los códices destinados a las obras de entretenimiento, al tiempo que una relación entre el texto y la imagen que delata un universo simbólico repleto de significaciones ideológicas que no sólo acompaña o ilustra, sino que multiplica las iluminaciones sobre esta obra a partir de un ejercicio interpretativo que combina descripción e interpretación y que entiende “la imagen como un nuevo *texto* que ofrece una determinada *lectura* gracias a su particular lenguaje codificado” (p. 110). Recuérdese, en este sentido, la presentación y edición de Carlos Alvar y del propio

Lucía Megías en su trabajo “Hacia el códice del *Tristán de Leonis* (cincuenta y nueve nuevos fragmentos manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid)”, aparecido en estas mismas páginas en 1999 (vol. 11, pp. 9-135, no recogido en la bibliografía final).

Con el título “Las dos caras de un héroe: las *Crónicas del Cid* en la imprenta hispánica” (pp. 115-150), el capítulo 4 supone un excelente gozne en el centro del volumen, pues valora las reencarnaciones impresas de un ideal heroico gestado en la época manuscrita a partir de la *Crónica popular del Cid* (impresa ya en la Sevilla de 1498, así como en otras trece ocasiones a lo largo y ancho del siglo XVI, entre 1509 y 1589, de Toledo a Bruselas, pasando por Salamanca, Alcalá de Henares y Burgos) y de la *Crónica particular del Cid* (de menor fortuna, pues se conocen sólo tres ediciones, la primera de ellas nacida en las prensas burgalesas de Fadrique Alemán en 1512). Ya desde sus más obvias diferencias formales (la primera en formato en 4º, habitual de las narraciones caballerescas breves; la segunda presentada en el formato en folio habitual de los libros de caballerías) puede observarse un horizonte de recepciones tan dispar como complementario que Lucía Megías estudia metódicamente a partir de la imagen gráfica de las portadas y de los interiores (modelos iconográficos o grabados referenciales y específicos) para, dando un paso adelante, interrelacionarla con los centros editoriales en donde se fraguaron y con el tipo de públicos al que se destinaron empresarialmente y que las consumieron literariamente.

Una de las posibilidades de estudio de este consumo literario, tan relevante para una “teoría de la lectura coetánea” como aquí se propone, sería el análisis de las bibliotecas particulares, según se indicara. En este sentido el capítulo 5, consagrado a “Los libros de caballerías del Conde de Gondomar” (pp. 151-187), constituye un fascinante modelo de investigación histórica, cultural y literaria, así como una de las piezas más bellamente escritas de esta monografía (incluso me atrevería a afirmar que novelescamente a ratos), quizá azuzado por una constatación tan borgiana como apasionada –y tan definitoria del talante del autor– según la cual “toda biblioteca, como todo libro, vive en su espacio físico (salas y formato, estantes y folios), pero también se ofrece a nuestra mirada como reflejo de una visión del mundo” (p. 151). Pero el recorrido que traza Lucía Megías a propósito de la biografía de Don Diego Sarmiento de Acuña, primer conde de Gondomar, en su Casa del Sol de Valladolid durante el primer cuarto del siglo XVII, supone igualmente un fecundo modelo a propósito de las posibilidades de estudio bibliográfico de un espacio que acaba siendo espejo profesional, señorial e intelectual de su propietario y, a la vez, prueba irrefuta-

ble de un canon literario que nos hace comprender con mayor exactitud —nada más y nada menos— el puesto ocupado por una obra tan malentendida por cierta crítica como el *Quijote* cervantino en el momento de su aparición.

En el último capítulo, titulado “Una nueva página en la recepción de los libros de caballerías: las anotaciones marginales” (pp. 189-238), Lucía Megías ofrece un análisis de esos apuntes más o menos en el margen, muchas veces nada marginales para una “lectura coctánea”, a partir de un total de treinta y cinco ejemplares conservados en bibliotecas de Madrid, Toledo, Barcelona, París y Viena con el objetivo no ya sólo de apreciar las modalidades de comentario sino para ofrecernos una tipología de gran utilidad en nuestras pesquisas futuras. Los diferentes problemas a los que se enfrenta el autor van siendo agrupados en bloques que permiten optimizar la vasta cantidad de noticias recopiladas a partir de su carácter parcial, anónimo o personal, que se combina con su condición de anotaciones instrumentales (textuales o no textuales), anotaciones que ayudan a la lectura (dificultades lingüísticas y textuales —corrección de erratas y errores, actualización lingüística—, de competencia lingüística o anotaciones profesionales), anotaciones que informan de determinadas lecturas (sean o no textuales, como los subrayados, las notas u otras marcas, pero también las glosas, las comparaciones con otras obras, críticas, elogios,...). Con todo este bagaje puede entonces llegar a reevaluarse una vez más el legado literario de la ficción caballeresca de estirpe medieval en el siglo XVII:

El modelo narrativo que está defendiendo Cervantes en boca del canónigo de Toledo (*DQ*, I, cap. XLVII) se inserta, claramente dentro del género caballeresco: épica escrita en prosa. La genialidad de su planteamiento fue recogida por los primeros comentadores del texto a finales del siglo XVIII y principios del XIX (Vicente de los Ríos, Pellicer y Clemencín), incidiendo en su originalidad, en la inexistente relación con el género caballeresco. Se consuma el divorcio crítico entre el *Quijote* y el género coetáneo que le da sentido, y desde el que se lee y se comenta, como muchas de las anotaciones que aparecen escritas en los márgenes de libros de caballerías castellanos ponen de manifiesto. (p. 231, nota 28)

Las limitaciones de espacio impuestas a una reseña como ésta no me permiten analizar detalladamente todos los análisis, propuestas y sugerencias de una monografía tan rica (y cuidadosamente editada) como ésta, como ya lo fueran *Imprenta y libros de caballerías* (Madrid, Ollero y Ramos, 2000) o *De los libros de caballerías manuscritos al “Quijote”* (Madrid, Sial, 2004). Valga todo lo poco apuntado para recomendar vivamente su lectura inmediata, que, por supuesto, reverberará en ulteriores consultas, y para esperar nuevas “entregas” de lo que se confirma como una potente línea

de investigación individual que merece un caluroso apoyo crítico, teórico y práctico, colectivo.

Rafael M. MÉRIDA JIMÉNEZ
Universitat de Lleida

MIRANDA, José Carlos, *Aurs mesclatz ab argen. Sobre a primeira geração de trovadores galego-portugueses*, Porto, Edições Guarecer, 2004, 217 pp.

Aurs mesclatz ab argen, oro mezclado con plata. Imagen utilizada por los trovadores occitanos para resaltar la belleza de su dama o la generosidad de reyes y señores, funciona aquí como acertada síntesis del estudio que realiza José Carlos Miranda sobre la primera generación de trovadores gallego-portugueses, un trabajo que da cabal cuenta de las relaciones –intertextuales y contextuales– trabadas entre estos y los compositores en lengua de *oc*.

Ha de señalarse el hecho de que este libro recoge y da forma a diferentes artículos de Miranda sobre el tema, publicados anteriormente en revistas especializadas y actas de congresos. Tanto en ellos como aquí, el abordaje que realiza el autor sobre estas primeras cantigas en gallego-portugués resulta preciso y exhaustivo, articulándose no sólo a partir de los datos biográficos –pesquisados en diferentes *livros de linhagens*, testamentos, y otros documentos de carácter histórico– de los cultivadores del canto trovadoresco en la península, sino a través de su cruce con información contenida en o inferida de las antologías colectivas (el *Cancioneiro da Biblioteca Nacional*, el *Cancioneiro da Biblioteca Vaticana* y la *Tavola Colocciana*, índice de los poetas de B), así como con elementos temáticos y formales de las composiciones de unos y otros.

Esta metodología de trabajo bien puede verse a lo largo de todo el capítulo I del libro que aquí reseñamos. Éste se abre con el tratamiento de las relaciones políticas y sociales de João Soares de Paiva, noble exiliado de Portugal hacia 1170 y el más antiguo de los trovadores testimoniados en las compilaciones antes referidas, con el rey Sancho de Navarra y Ruy Díaz, el poderoso señor de Cameros, y supuesto mecenas y trovador. Aquí Miranda revisa, por ejemplo, otras hipótesis de identificación del trovador de Paiva y edita su única cantiga, *Ora faz ost' o senhor de Navarra*, planteando nuevas lecturas críticas e iluminando recursos retóricos y léxico entre ésta y *Ar ven la coindeta sazoz*, de Bertran de Born.